

La cuestión ecológica como pérdida de sentido de lo sagrado

The ecological matter as loss of the sense of the sacred

Recibido el 7 de abril de 2014/Aprobado el 23 de Mayo de 2014

JESÚS ANTONIO OCAMPO MUÑOZ¹

Resumen

El artículo ofrece una reflexión en torno a la cuestión ecológica, contextualizada en las transformaciones socioculturales, políticas y económicas. Consistirá en un recorrido someramente descriptivo de los fenómenos más relevantes de transformación social desde la era moderna hasta la actualidad. Las nuevas modalidades de vida originadas en el transcurso histórico de los últimos siglos, dejan secuelas alarmantes para el mundo globalizado que siente la amenaza de la alteración medioambiental. La inteligencia instrumental, la técnica y la ciencia, han prescindido de Dios en el destino de la humanidad, provocando una concepción absolutista del mundo y relativizando la sacralidad divina. Ante la alteración del ecosistema, son urgentes políticas de solidaridad global, unidas al

¹ Teólogo de la Universidad Católica de Oriente. Formador Seminario Intermisional San Luis Beltrán. Bogotá, Colombia. Correo electrónico: titeantonio@hotmail.com

compromiso universal de la Iglesia que adapte la reflexión teológica a los retos ambientales de nuestro tiempo, por tanto se indicarán las acciones pastorales más importantes para concientizar a las personas de la importancia del cuidado de nuestro mundo, realidad de la que hacemos parte y que ha sido confiado al hombre por el mismo Creador.

Palabras clave: Autonomía humana, Creación, Ecología, Globalización, Teología pastoral

Abstract

This article is a reflection on the ecological matter, contextualised in the sociocultural, economic and political changes. It involves a brief descriptive view of the most important social changes from the Modern Age to nowadays. The consequences of the new ways of life originated in the historic course of the last centuries are alarming for the globalized world which is threatened by the environmental changes. The instrumental intelligence, the technique and the science have disregarded God in the humanity's fate, causing an absolutist conception of the world and making relative the divine holiness. Not only global solidarity policies are required to confront the environmental problems, but also it is required Church commitment to reflect upon the environmental challenges of our time, therefore the most important pastoral actions indicate to sensitize people about the importance of caring for our world, reality with which we are part and which has been granted to man by the Creator himself.

Key words: Human autonomy, Creation, Ecology, Globalization, Pastoral theology

INTRODUCCIÓN

Mucho se ha hablado de la cuestión ecológica en las últimas décadas, y cada vez más se discurre sobre el tema; debido a las alarmantes problemáticas que genera el mal uso de las realidades creadas. En la actualidad se percibe el pronunciamiento acelerado de las instancias gubernamentales y del sector privado sobre el tema; con el de establecer estrategias que detengan el impacto ambiental, en sus múltiples expresiones (cambio climático, derretimiento de casquetes polares, tifones, prolongadas sequías, inundaciones, disminución creciente de la biodiversidad, grave escasez de agua potable, tsunamis y devastación de los bosques) que hasta ahora, a la par con la búsqueda de mecanismos para solucionar el problema en boga, se sigue cometiendo abusos atroces e incontrolados en contra del equilibrio del ecosistema, como la explotación minera sin medir consecuencias, la tala de árboles, la contaminación del agua potable y el tráfico ilegal de la especie animal. Estos abusos, en la mayoría de casos se realizan de forma clandestina; siendo más desconcertante aún, que el trato violento contra el orden natural se lleve a cabo en ciertos casos por medios legales, que no disminuyen la barbarie contra el medio ambiente; puesto que esos llamados decretos de licitación es el disfraz de los intereses egoístas de unos cuantos dirigentes y de la clase dominante que se empeñan en inflamar su patrimonio económico; a precio no sólo de agravar la cuestión ecológica, sino también; a precio de agravar la injusticia social, con la desequilibrada distribución de los recursos destinados para todos.

Se desarrollará sistemáticamente la evolución del problema ecológico, consecuencia de una sociedad secularizada, industrializada, capitalista, mercantil y consumista. Ejemplo de este

contexto, es el lema de la empresa carbonera El Cerrejón: «Hacemos lo máximo posible, no lo mínimo necesario» (Küng, 2009, p. 219). Además se precisarán algunas razones que anteceden a la cuestión ecológica, para comprender el grave perjuicio que genera el mal uso de los recursos naturales. La génesis de lo que ahora es consecuencia alterada del medio ambiente, hunde sus raíces en el surgir de la época moderna, en el marco del renacimiento, como el movimiento cultural, que se manifiesta en el arte y las ciencias naturales y humanas, que arrojó como resultado una nueva concepción del hombre y del mundo, echando mano de la cultura clásica. Esto junto con la ilustración que sustituyó a Dios como centro del cosmos para poner al hombre como árbitro absoluto de todo proceder, dando realce a la conciencia individual y a la razón natural, como criterios del obrar moral.

La clave del escrito está determinada por el análisis histórico de los últimos tres siglos, en los que el hombre se ha centrado en el estudio de las ciencias exactas, teniendo como herramienta de conocimiento todo aquello que le arroje datos precisos desde el positivismo, así mismo se tendrá en cuenta que esto es consecuencia directa de sacar a Dios de la historia, sin tenerlo como principio y fin de la creación. El hecho de subir la razón humana al pedestal de la suficiencia individualista, teniéndola como única luz y guía del porvenir del hombre es lo que ha dejado secuelas tales, que hoy con el pasar de los años han sumergido a la humanidad en serios problemas. Se afirmaba en la modernidad que «lo real es lo racional y lo racional es lo real» (González de Cardedal, 2001, p. 112). No fue sólo el considerar la razón como la única norma del orden social establecido, sino que las pretensiones de la ilustración apuntaban a transformar las relaciones humanas afirmando que Dios sólo era necesario como originario de la realidad y garantía de su funcionamiento;

teniendo presente que lo que Dios había puesto en marcha como creador, era asunto en el que ya no era necesaria su intervención histórica, puesto que era tarea del hombre movido por la autonomía el llevar los hilos de la historia. Aquí hay tres nombres claves que sustituyen la necesidad de Dios por la normativa racional del hombre: «Feuerbach y Marx en una dirección y Nietzsche en otra: los dos primeros sustituyen la idea absoluta por la humanidad y la materia; el tercero eleva el individualismo absoluto, reclamando la muerte de Dios y abominando del crucificado» (González de Cardedal, 2001, p. 169).

El otro lineamiento de interpretación, consistirá en argumentar la necesaria intervención de Dios que se revela por medio del Verbo Encarnado, ya que todo fue creado por Él y para Él. En términos generales, registrar cómo después de tantos años de querer el hombre forjar su destino al margen del plan de Dios, lo que en realidad ha experimentado es la vacuidad existencial, el tedio y el sinsentido de la vida, que se ancla en las realidades terrenas y no se abre a las posibilidades trascendentes. En este orden de ideas, junto a la injusticia social, a la respuesta teológico-pastoral que hay que dar y sin pasar de largo que en el ecosistema habitamos todos, es menester desde una ética mundial y sin renunciar a los principios eclesiológicos, comprender que la opción por la tierra como dice Leonardo Boff, es tarea que incumbe a todos.

NUESTRA REALIDAD

La autonomía del hombre: punto de partida de la cuestión ecológica

La autonomía del hombre comienza a ser el centro de la reflexión filosófica a partir de la novedad del renacimiento, desde cuando se hace referencia a la cultura y el saber de la

antigüedad grecorromana, y se presenta un fundamento notable que deja de lado la época medieval. Comienza en Italia a finales del siglo XIV y se expande por el resto de Europa hasta finales del siglo XVI. «La marcada característica de este periodo es la cultura intelectual: los reformadores religiosos, los filósofos de la naturaleza, los teóricos de la política y los hombres de la nueva ciencia» (Gajate, 2012, p. 42).

Los humanistas son hombres eruditos, consagrados al estudio de las letras humanas, así llamado para diferenciarlos de las letras divinas (la teología). Pretenden buscar el desarrollo de las capacidades activas del hombre; perfeccionar el arte, la técnica y la política. Desde este momento se entrevé la autosuficiencia del hombre para peregrinar hacia la búsqueda de la verdad; con miras a transformar el mundo sin la intervención de Dios en su destino. No niega su existencia; pero tampoco confirma su necesario proceder para el nuevo capítulo histórico que comienza a gestarse para la humanidad. La concepción antropocéntrica, comprendida desde la inteligencia, la voluntad y la libertad, es la decisión de comenzar una historia nueva, hecha por el hombre y a partir del hombre referente de toda comprensión real, descubriéndose como microcosmos, centro del cosmos, señor del cosmos, representante de Dios o más bien dicho, sustituto de Dios. La fase antecedente a este periodo de la historia lanzaba una mirada a Dios para interpretar el entorno cósmico y la moral humana. La mirada a la realidad era fundamentalmente descendente, para construirla, reconocerla y hacerla desde su origen primero, desde su permanente procedencia y desde su destino teológico final. En la fase nueva la mirada es fundamentalmente ascendente.

Si antes desde Dios se comprendían los seres como creados, ahora desde los seres se intentará comprender a Dios, como creador y como Dios. Y si antes la presencia evidente, constituyente y total de Dios, podía cegar el ojo humano para ver u otorgar consistencia a las cosas, ahora en cambio, el peso, espesor y evidencia de las cosas en sí mismas, terminará nublando la pupila para no ver a Dios (González de Cardedal, 2001). Por esto se puede notar que el origen primario de la cuestión ecológica radica en que el hombre ha empañado el sentido auténtico de la condición sagrada del mundo. La creación siendo interior y exterior al mismo hombre, no es obra de su voluntad, ni es de su arbitrio la manipulación contraproducente del orden cósmico, ya que el hombre es parte del mismo complejo del orden creatural del que no se puede prescindir ni abusar. Por esta razón imaginar la tierra como algo ajeno y extraño a nosotros es una mirada reduccionista, de la que participa la ciencia moderna.

No caemos en la cuenta que entramos a formar parte del escenario de la evolución de la tierra cuando ya estaba listo el 99,98 % del mismo. Somos tan sólo uno de tantos eslabones en la corriente de la vida. Conviene subrayar que estamos llamados a ser los guardianes de los demás seres, los cultivadores del jardín del Edén (Boff, 2008, p. 28).

La concepción creciente de poder, del ser y del futuro del hombre no parece dejar espacio para un Dios que es Señor y soberano de todo. Al despejar toda mirada ascendente hacia lo absoluto determinante, el hombre sólo queda con la mirada hacia abajo en el horizonte de lo temporal y transitorio que es el mundo. «A él se tiene que atener, en el detener y de él extraer lo más posible para su humana plenitud y felicidad» (González de Cardedal, 2001, p. 109). Este marco histórico, pasándolo de la narrativa teórica a la praxis existencial; presupone que el hombre es el Dios de la nueva creación. Todo pasa a ser imagen de este

hombre nuevo, que pretende descubrir los misterios cósmicos con la técnica y la ciencia, movido por la luz de la razón y explotando los recursos naturales sin medida e incluso extrayendo aquellos que no son renovables, siendo estos necesarios para el sustento de la vida. Queda como telón de fondo el siguiente interrogante: ¿el siglo por el hombre y contra Dios ha suscitado, junto con la negación de Dios, una nueva vida del hombre, o por el contrario, la muerte social de Dios y la muerte real del hombre han ido unidas?

La autenticidad plenamente humana puede ser leída en clave de Génesis 1-2, porque se menciona como en el origen está la libertad, en el principio era el amor, la armonía. El hombre sólo es y permanece plenamente humano en la medida en que se acoge, realiza y desenvuelve en el amor y el don. En la modernidad el espíritu humano calca la situación de Génesis 3, en que su pretensión es alcanzar la felicidad al margen de la voluntad divina, inflamando su autonomía con el olvido de Dios, exaltando su prepotencia manifestada en la inteligencia instrumental, proponiendo criterios de verdad reducidos a lo tangible, a lo práctico y a la verificación experiencial. En el transcurso de la modernidad, la ilustración fue un movimiento cultural nacido en Inglaterra, luego en Francia y en el resto del continente, con el objetivo de emancipar a la humanidad del fanatismo religioso, mediante el uso correcto de la razón, que tiene como máxima «Ten la valentía de usar toda tu inteligencia». Surge de allí el deísmo con el fin de reducir la religión a los límites de la razón, admitiendo solamente principios teológicos que no contradigan el sentido común. Esta corriente admite un Ser Supremo, eterno, necesario creador del alma inmortal y la existencia de un premio o de un castigo después de la muerte. En definitiva:

La tesis moderna de Dios, dice que él es necesario sólo para poner en marcha el mundo, como el relojero que fabrica un reloj que luego marcha por sí solo, ha roto con la experiencia religiosa
Kénosis / Vol. 2 / N.º 2 / p. 105/ enero-junio / 2014 / ISSN: 2346-1209 / Rionegro-Colombia

primordial trasmutando la percepción de lo divino por la aseveración de una causa física. Como consecuencia, Dios queda al otro lado del mundo. Este queda sin la huella, la voz y la presencia divina. A un mundo cósmico corresponderá un mundo ateologal (González de Cardedal, 2001, p. 113).

Movimiento industrial y globalización en contexto ecológico

El movimiento industrial es un acontecimiento acaecido entre la segunda mitad del siglo XVIII y principios del siglo XX, originado en Inglaterra y luego en el resto de Europa, esto hizo surgir el mayor número de cambios socioeconómicos, tecnológicos y culturales de la historia de la humanidad. La economía basada en el trabajo manual fue reemplazada por la industria manufacturada. La revolución industrial tuvo lugar cuando la metalurgia y la construcción de maquinaria progresaron tanto que los instrumentos artificiales pudieron trabajar continuamente por sí mismos. La productividad industrial aumentó con la invención y desarrollo de la máquina de vapor, que convierte la energía térmica en energía mecánica y que modificó la estructura de vida y la existencia humana.

Así por ejemplo, cuando se empezó a utilizar la electricidad, las bases de invención dejaron de ser empíricas y se hicieron científicas y más complejas. La revolución industrial aumenta la cantidad de productos y disminuye el tiempo en que esto se realiza; la mano de obra pasa en gran medida a las máquinas de producción en serie y con el tiempo se han ido perfeccionando más. Se degrada la dignidad de la persona humana, al reducirla a máquina de producción, bajo la expresión utilitarista, en la que el obrero cuenta mientras produzca para el sistema industrial y capitalista.

Globalización

«La globalización evoca diferentes realidades para personas distintas. Para los políticos indica una nueva internacionalización y para los economistas implica la vinculación de las redes financieras, regionales y locales» (Groody, 2009, p. 45). No hay una definición común de globalización, pero casi todos los expertos afirman que se relaciona con la interacción creciente de la vida política, económica y social de todos los pueblos. Lo definitivo es que todos en alguna medida estamos imbuidos en la globalización que enmarca una serie de implicaciones, como la revolución demográfica y urbana, el capitalismo y lo que más se distingue en el mundo globalizado, las redes sociales; es claro que la Internet es el símbolo de interconexión de la aldea global. En palabras de Gustavo Gutiérrez: «Ir en contra de la globalización en cuanto tal es lo mismo que ir en contra de la electricidad» (Groody, 2009, p. 49).

Hoy el mundo es un lugar más pequeño. Las personas, las culturas, las economías y los países están interconectados. La suerte de un individuo o de una nación puede depender de lo que suceda en otro lugar distante. La globalización empezó con el avance de las tecnologías de comunicaciones y con la liberación de la economía. Esta define la globalización como «un fenómeno en el que la producción y los mercados nacionales están interrelacionados por un comercio más dinámico y un mayor movimiento de dinero, información y tecnología» (Küng, 2009, p. 21). De manera consecuente la cuestión ecológica se engrana en esta manifestación global, pues todos quedamos implicados en el sistema de mercado libre que reclama por su misma naturaleza la transformación de la materia de producción. Esto conlleva anejo que el deseo de sostener la economía mundial, explote los recursos necesarios para satisfacer los intereses de la clase dominante y mover

la voluntad colectiva al consumo y a la adquisición de la producción mercantil, para sostener la razón existente del mundo magno-empresarial y capitalista.

En la superficie de este fenómeno, no se percibe la implicación ecológica que tiene el escenario globalizado, toca traspasar el límite de lo meramente sensorial para advertir lo que se esconde detrás de este aparente facilismo social en el que todo está al alcance, ya que se ha llegado al anhelo de Karl Marx quien afirmaba: «Hasta ahora los filósofos no hicieron más que dar interpretaciones del mundo, lo que es necesario es transformarlo» (Galán, 2005, p. 154). Su pretensión era la de pasar de un pensamiento discursivo y hermenéutico de la historia, a una praxis del hombre con el rol circundante de lo material. Inauguró el método *materialismo histórico* para la transformación de la realidad presente y futura. De Hegel se asume el movimiento dialéctico en el que el universo conforma un todo que evoluciona en conjunto y de Feuerbach se toma la concepción materialista, en la que la única realidad es la materia, razón por la que las ideas, los pensamientos y los sentimientos por muy espirituales que parezcan son nada más que un reflejo de la materia.

En esa práctica de producción y consumo, el hombre se aleja más de Dios como creador y consumidor del orden creatural, confirmándose que Él solo es un espejismo de lo absolutamente material. La transformación de la materia, es un cometido que ha venido en evolución acelerada; hoy la sociedad vive en la plataforma de la explotación material como nunca antes; agudizándose así el problema ambiental, elevándolo a condiciones de gravedad casi irremediables si no se actúa a tiempo para frenar el deterioro del ecosistema.

Iniquidad distributiva

Si hoy pudiéramos reducir el mundo a una aldea de cien habitantes, tendríamos el siguiente diagnóstico: 70 serían pobres y solo 1 sería rico, 19 deberían vivir con un dólar al día, 48 deberían vivir con menos de dos dólares al día, 17 estarían desnutridos, 18 no tendrían vivienda ni agua potable, 18 serían analfabetas, 16 tendrían acceso a Internet y solo 2 serían universitarios, 31 no tendrían electricidad, solo 12 poseerían automóvil. El Banco Mundial señala que dos tercios de la población planetaria viven en pobreza; distinguiendo a la vez tres grados de pobreza: La primera es la extrema o absoluta, afecta a aquellos que deben vivir con menos de un dólar al día, denominada como la pobreza que mata, más de ocho millones de personas mueren cada año de hambre y cada día mueren 20.000 porque son demasiado pobres para vivir. La segunda es pobreza moderada, es la de quienes viven con menos de dos dólares al día, estos tienen estrictamente lo justo para vivir. La tercera es la pobreza relativa y corresponde a quienes viven con unos ingresos menores que los del promedio nacional, esta se aplica a personas con un estándar de vida inferior al de la media nacional.

Lo contradictorio del desbalance social es que la distribución de recurso no es equitativa. Los tres hombres más ricos del mundo poseen una fortuna mayor que la que pueden producir cada año juntas las 42 naciones más pobres del mundo, en las que viven 700 millones de habitantes. El 20 % de los más ricos de los habitantes del mundo disfrutan del 86 % del total del consumo privado. El 20 % más pobre consume, solo en 1,3 %. El 2 % de los adultos de la tierra poseen la mitad de su riqueza. «Se llega al extremo, que los países más pobres en el pago de su deuda gastan hasta trece dólares por cada dólar, haciendo que

resulte cada vez más difícil romper el espiral de la pobreza» (Groody, 2009, p. 34). Superar la idolatría es un reto más agudo que el mismo ateísmo, puesto que la sociedad colectiva se lanza de día en día al abismo de lo relativo; hundiéndose en el vacío de verdades movedizas, que no sostienen el trajín de la existencia, esta que a su vez exige; lo verdadero, lo estable y lo permanente. «En este momento de la historia, no está en que uno crea o no crea en Dios, sino en el dios en que uno cree. Para cada uno, Dios es aquello a lo que le ofrece la devoción de su corazón, aquello que más valora, aquello por lo que más se sacrifica» (Groody, 2009, p. 59).

El dios que impera es el de la industria histórica y el dios del mundo digital. Para poder rendirle culto de alabanza a este dios de la generación presente, se requiere del sacrificio de las mayorías para satisfacer los deseos de unos cuantos. Este cometido se logra a precio del deterioro de la biosfera en sus múltiples expresiones, que al final de cuentas desemboca en la extracción exagerada de los recursos ambientales y en el ensanchamiento de los cinturones de miseria que flagela a los más desprotegidos. La codicia es el cáncer que carcome el corazón del hombre y el látigo que castiga a culpables inocentes, víctimas de la explotación industrial. Marx lo advertía: «El modo de producción capitalista, sólo se mantiene destruyendo las fuerzas productivas, es decir, liquidando los dos pilares que lo hacen posible: la fuerza de trabajo y la naturaleza» (Boff, 2008, p. 75). ¿No es acaso a esto a lo que, aterrados, hoy estamos asistiendo?

Por pérdida de valores de la era posmoderna, el hombre se ha inventado el principio de autodestrucción, con el cual se muestra además de *Sapiens sapiens*, en *demens demens*,

porque utiliza las facultades de la inteligencia para destruir el entorno y exterminar a su paso al prójimo que es de condición sagrada por excelencia. El olvido de la ética de la alteridad, destruye los compromisos morales para con el otro que queda arrojado en su destino de miseria, porque la codicia de unos lo alejan del goce necesario para su digna convivencia. Decía Mahatma Gandhi que la tierra produce todo lo necesario para cubrir las necesidades del hombre, pero no lo suficiente para satisfacer su codicia. La solidaridad del hombre es prácticamente inexistente. La mayoría de los países ricos ni siquiera aportan el 0,7 % de su producto nacional bruto. EE. UU., el país más rico del mundo, destina a este fin apenas el 0,01 % de su PIB, mientras gasta diario mil millones y medio de dólares en armamento, con lo que se pudiera eliminar virtualmente la malaria en África (Groody, 2009).

Especies extintas

La amenaza contra la biodiversidad se extiende al reino animal. Entre 1500 y 1850, es probable que fuera eliminada una especie cada año, entre 1850 y 1950 la cifra aumentó a una especie por año, a partir de 1989 comenzó a desaparecer una especie por día y en el año 2000 tal pérdida se producía cada hora. La aceleración de la desaparición es tan rápida que se calcula que hasta 2020 desaparezca entre 10 y el 38 % de las especies existentes.

Los reportes de la revista *National Geographic* describen de manera detallada como la voluntad positiva del hombre arrasa con la especie animal. Por ejemplo el bucardo o la cabra montesa habitó las cumbres de los Pirineos hasta su extinción, año 2000. Tres años más tarde intentaron clonarla, pero el clon murió pocos minutos después de haber nacido.

Hasta el año 1989, quedaba una docena de esta especie pero diez años después sólo quedó una que murió y quedó finalmente extinta. Como la cabra montesa, existieron palomas migratorias que cubrieron alguna vez el oriente de América del Norte, la última murió en el zoológico de Cincinnati en 1914. El tilacino fue otra presa de extinción, semejante a un lobo, a menudo denominado «tigre de Tasmania, el tilacino era un marsupial pariente de canguros y koalas. En la década de los treinta del siglo XX se extinguió a consecuencia de la cacería» (Zimmer, 2013, p. 35).

Estas extinciones de la fauna y otras más, son en la mayoría de casos por intereses económicos, expresados en el comercio clandestino de animales que satisface el gusto de aquellos que pagan jugosas sumas de dinero por la obtención de estos animales. El caso de las aves canoras y migratorias es un claro ejemplo del exterminio de aves. «Cada año se matan más de cien millones de aves canoras y migratorias para usarse como alimento, para obtener ganancias, por deporte o por entretenimiento general» (Franz, 2013, p. 40).

Calentamiento global

Consiste en el incremento dinámico del calentamiento del planeta, que en el siglo XX aumentó 0,7 %. Se calcula que para el 2055 habrá aumentado 1,3 % en relación a 1955. (Panel Intergubernamental del Cambio Climático —IPCC—; Küng, 2009, p. 212). Causa primaria del incremento de la temperatura, es el efecto invernadero de la atmósfera, producido por el dióxido de carbono (CO₂) efectuado por los combustibles fósiles (petróleo, gas natural y carbón) transformados en energía para la producción industrial, determinando de este modo el cambio climático y el futuro del planeta. Estos gases

aumentan la temperatura porque hacen más espesa la atmósfera e impiden que buena parte de los rayos solares irradiados por la tierra escapen de nuevo al espacio.

Es triste constatar que el mundo invierte diez veces más en las carreras armamentistas, que en aportes para superar la desigualdad social y el impacto del desorden ambiental. Es menester desde ahora, que al menos el 2 % del PIB mundial se invierta para aminorar los efectos del calentamiento global. En términos de dinero, esto significa cerca de 450.000 millones de dólares anuales a partir de ahora. En materia de inversiones para este cometido, Bill Gates el hombre más adinerado del mundo ha aportado cerca de 4,5 millones de dólares en investigaciones sobre el futuro energético (Küng, 2009). Además de las medidas preventivas de consumo del combustible energético, es de capital importancia el cuidado de la biodiversidad para el sustento de la vida, a través del control climático.

Sin la custodia de la biodiversidad es imposible la conservación de la vida. Uno de los grandes compromisos de la responsabilidad moral es el cuidado de la selva amazónica:

La amazonia americana que ocupa un área de 7,01 millones de kilómetros cuadrados y corresponde al 0,5 % de la superficie de la Tierra, 40 % de América del Sur. Contiene el 20 % de la disponibilidad mundial de agua dulce no congelada. Abriga el 34 % de las reservas mundiales de bosques y una gigantesca reserva de minerales. Su diversidad biológica de ecosistema es la más rica del planeta. En esa región se encuentra cerca del 30 % de todas las especies de la fauna y flora del mundo (Aparecida, 2007, n. 84).

Afirman expertos que como va el ritmo de explotación, transformación y consumo, necesitaríamos otros tres planetas como la tierra para atender la demanda de todos. Impacta que «un 40 % de las tierras fértiles están amenazadas y los desiertos crecen cada año el equivalente a la superficie de Río de Janeiro, o lo que es lo mismo, tres veces la superficie

de Bélgica, el 42 % de los bosques tropicales ya han sido destruidos» (Boff, 2008, p. 73). Cada vez se necesita más energía para mantener el funcionamiento industrial. Perdimos de vista que el equilibrio ecológico hay que sostenerlo para el recto ordenamiento del ecosistema, pero con este tipo de atropellos obnubilamos la mirada y eclipsamos la mente para no advertir la importancia de la obra de Dios en el mundo circundante. Datos como estos deberían de importarnos tanto como la inflación económica.

LA CONCEPCIÓN CRISTIANA

Origen de la creación

La etimología de la palabra *creación* tiene relación con el término *crear*, ambos términos derivan de la raíz etimológica *criar*, así se infiere que una creación es una cría, algo a ser cuidado, protegido, defendido. La ecología es un proceso de creación, algo que llama, es una voz que clama para liberar el lugar que habitamos. A la noción de creación se han planteado descripciones clásicas que oscilan entre cosmovisiones evolutivas y cosmovisiones estéticas. No existe contradicción real entre la ciencia y la religión, «ciencia y religión se ocupan de dos cosas diferentes, pero no están en conflicto una con la otra. Los teólogos intentan descubrir al creador y los científicos intentan descubrir su creación» (Groody, 2009, p. 58). Uno de los aportes de las ciencias modernas, es esclarecer los misterios de la creación, factor sorprendente para valorar el transcurso natural de la creación para el equilibrio eco-sistémico, siempre y cuando el saber racional se dirija por una ética responsable.

La tierra era caos y confusión

El orden ecológico no ha sido fruto del azar, sino de una mente ordenadora que en el proceso evolutivo ha perfeccionado por etapas el cosmos, para que haya estabilidad en el ecosistema, pues «*vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien*» (Gn 1, 31a). Lo primero que hay que salvaguardar para no yuxtaponer la fe con la ciencia es que estas van intrínsecamente unidas, puesto que ambas se encaminan hacia la búsqueda de la verdad. Afirmaba Juan Pablo II: «La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad» (1998, p. 5).

Hace unos 3.800 o 4.000 millones de años, la Tierra sufrió lo que los científicos llaman «el último bombardeo intenso»: una misteriosa lluvia de asteroides y cometas que golpeó la mayoría de la superficie terrestre. La Luna también resultó muy afectada por los intensos impactos. Los científicos saben desde hace mucho que los planetas, cometas y demás cuerpos que orbitan el sol nacieron hace 4.500 millones de años de un disco giratorio de polvo y gas llamado la nebulosa solar. (Stevenson, 2013, p. 17).

La Tierra es un planeta singular entre los demás del sistema solar, goza de características óptimas que le permiten ser lo que hoy es. Caigamos en la cuenta de lo indispensable que es comprender la simetría perfecta de la órbita terrestre, que posibilita la existencia de la vida con todas sus exigencias biológicas de cada especie; de no ser así el planeta tierra sería otro más en el que no hubiera vida. Se encuentra a una distancia del sol para conservar la infinidad de elementos químicos volátiles e impedir que el agua se evapore. Hace 4.400 millones de años que la tierra está formada, con sus dimensiones actuales de 6.400 km de radio y 40.000 km de circunferencia. Existe la atmosfera (*atmos*, vapor; *sphaira*, esfera) llena de gases. En la superficie tenemos la hidrosfera, compuesta por océanos, mares y ríos continentales. Hasta hace 2.700 millones de años no existían los continentes porque las aguas cubrían toda la superficie del globo. Durante un largo proceso de evolución cósmica, tuvo lugar la irrupción de la primera célula viva, posiblemente unos 3.800 millones de años

atrás. «Una bacteria originaria conocida con el nombre de Aries, que es la madre ancestral de todos los vivientes» (Boff, 2008, p. 26).

La vida como el don preciado por excelencia es la razón de ser del cuidado ecológico. Somos deudores de un pasado que no podemos destruir con nuestro libre albedrío, porque en más de 3.000 millones de años de trabajo, la tierra ha producido una inmensa biodiversidad, de la que debemos ser custodios. *¡Hemos pasado del caos al cosmos!* Sorprende que la mayoría de especies desapareciera antes del surgimiento del género humano. Siendo optimistas no ha sobrevivido más que un 1 %. «Se calcula que hay 5.000 tipos de bacterias 100.000 especies de hongos, 300.000 especies de árboles y 850.000 especies de insectos. Nadie lo sabe con certeza. Incluso hay biólogos que suponen la existencia de 30 millones de especies» (Boff, 2008, p. 27). Hace unos 100.000 años apareció el reino del *Homo sapiens*, es decir del hombre que conoce, que es capaz de crear instrumentos, artefactos y transformar el mundo, dando origen así a la cultura, característica singular del *Homo sapiens sapiens*.

Estos estudios, deben mover nuestra conciencia para hacer un alto en la devastadora destrucción planetaria, que en último término es la autodestrucción de nuestra propia vida. Qué decir del cuidado ecológico que se debe adoptar para salvaguardar la integridad del género humano, que se ve vulnerado por el despiadado movimiento destructor contra los elementos del sustento humano, sumado al despliegue de brusquedad directa contra la misma vida, la más beneficiada del orden natural existente, pero a la vez la más afectada por la masiva destrucción de la ecología.

Noción sagrada de creación

Desde la perspectiva judeo-cristiana, Dios es el creador y el sustento de todo cuanto existe (cf. Gn 1-2). Un sinnúmero de citas bíblicas iluminan esta concepción sacra de ecosistema, algunos salmos exaltan la majestad de Yahvé e invitan a la noción sagrada de la creación: «Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos» (Sal 24, 1). Y el cántico más célebre, remembranza de que Yahvé es dueño absoluto del mundo, se expresa en el Salmo 104.

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío que grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.
Extiendes los cielos como una tienda,
construyes tu morada sobre las aguas;
las nubes te sirven de carroza,
avanzas en las olas del viento;
los vientos te sirven de mensajeros;
el fuego llameante, de ministro.
Asentaste la tierra sobre sus cimientos;
y no vacilará jamás
la cubriste con el manto del océano,
y las aguas se posaron sobre las montañas;
pero a tu bramido huyeron,
al fragor de tu trueno se precipitaron,
mientras subían los montes y bajaban los valles:
cada cual al puesto asignado.
Trazaste una frontera que no traspasarán,
y no volverán a cubrir la tierra.
De los manantiales sacas los ríos,
para que fluyan entre los montes,
en ellos bullen las fieras de los campos,
el asno salvaje apaga su sed;
junto a ellos habitan las aves del cielo
y entre las frondas se oye su canto.

Desde tu morada riegas los montes,
y la tierra se sacia de tu acción fecunda;
haces brotar hierba para los ganados,
y forraje para los que sirven al hombre.
El saca pan de los campos,
y vino que alegra el corazón;
aceite que da brillo a su rostro,
y pan que le da fuerzas.
Se llena de savia los árboles del Señor,
los cedros del Líbano que él plantó:
allí anidan los pájaros;
en su cima pone casa la cigüeña.
Los riscos son para las cabras,
las peñas son madrigueras de erizos.
Hiciste la luna con sus fases,
el sol conoce su ocaso.
Pones las tinieblas y viene la noche,
y rondan las fieras de la selva;
los cachorros del león rugen por la presa,
reclamando a Dios su comida
Cuando brilla el sol, se retiran
y se tumban en sus guaridas;
el hombre sale a sus faenas,
a su labranza hasta el atardecer.
Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con sabiduría;
la tierra está llena de tus criaturas.

Ahí está el mar: ancho y dilatado,
en él bullen, sin número,
animales pequeños y grandes;
lo surcan las naves, y el Leviatán
que modelaste para que retoce.
Todos ellos aguardan
a que les echés la comida a su tiempo:
se la echas, y la atrapan;
abres la mano, y se sacian de bienes;
escondes tu rostro, y se espantan;
les retiras el aliento, y expiran
y vuelven a ser polvo;
envías tu espíritu, y los creas,

y repueblas la faz de la tierra.
Gloria a Dios para siempre,
goce el Señor con sus obras;
cuando el mira la tierra, ella tiembla;
cuando tocas los montes, humean. Cantaré
al Señor,
tocaré para mi Dios mientras exista:
que le sea agradable mi poema,
y yo me alegre con el Señor.
Que se acaben los pecadores en la tierra,
que los malvados no existan más.
¡Bendice, alma mía, al Señor!
¡Aleluya!

El autor de este salmo ha copiado, purificando de toda idolatría, un himno egipcio en honor de Aton-Ra el dios sol, compuesto por Amenofis IV. Vació, *grosso modo*, su lenguaje en el modelo de los seis días del Génesis, introduciendo un gran optimismo ante la naturaleza... poniendo en guardia finalmente ante el mal que la libertad humana puede hacer, y que finalmente debe desaparecer (Quesson, 1979, p. 10).

Estamos en el momento apremiante de poner en guardia la libertad humana, intención propia del salmista, y hacer como él, que alertó contra toda forma de idolatría de su tiempo. No lejos de esa idolatría, hoy asistimos al escenario de nuevas modalidades de culto a las obras «*hechura de manos humanas*», postrándonos ante dioses con ritos de adoración en la liturgia celebrativa de la explotación, el consumismo y el hedonismo, en el altar de la razón posmoderna que ha exaltado el saber para dominar, el dominar para enriquecer y el enriquecer para disfrutar.

Es llamativa la expresión «*Que se acaben los pecadores en la tierra, que los malvados no existan más*» (v. 35), pues si la voluntad humana retorna al respeto por el mundo, sentirá la sociedad que el pecado y la maldad que atenta contra la biodiversidad desaparece y experimentará que el mundo está en las manos de Dios y no en el arbitrio desenfrenado de la libertad abusiva del género humano. También podrá renovar en su corazón la confianza inicial de ser el administrador de la tierra, porque Dios se acuerda del hombre para darle el mando sobre las obras de sus manos. Así comprenderemos que «*el Señor es Dios, que él nos hizo y somos su pueblo, ovejas de su rebaño*» (Sal 99). El primer camino a recorrer para solucionar la cuestión ecológica, es vivir ya no bajo la consigna de la modernidad, que asume el saber cómo dominación de la naturaleza; más bien habrá que emplear lo que dijo el Consejo Ecuménico de las Iglesias en 1990, al tratar la ecología y la creciente marginación del tercer mundo: «*El propósito de la tecnología será trabajar con la naturaleza y con sus misterios, y no dominarla*» (Boff, 2000, p. 6). Lo antecedente será posible cuando en la mente humana independiente de profesiones religiosas permitan que Dios guíe el proceder del hombre, obrando con recta intención y asumiendo desde la moral responsable lo que dice el concilio: «*La consciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que este se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella*» (Concilio Vaticano II, 1965, *Gaudium et spes*, n. 16).

Evocando el concepto teórico de la era moderna y su proyección práctico-existencial que se extiende hasta la actualidad, es necesario romper con el paradigma de una mirada únicamente horizontal del mundo y de su destino que dogmatiza la razón, la materia y la experiencia, para lanzar una mirada vertical al absoluto, reconociendo que la creación es el

comienzo y el fundamento de todas las obras de Dios, lugar de la alianza y sitio de encuentro liberador. El motivo principal del desorden ecológico, es la visión miope para reconocer lo sagrado de la creación, que cuanto contemplamos es obra de las manos de Dios, pues todo fue Creado por y en el primogénito de toda la Creación (cf. Col 1, 16), aún nosotros mismos somos criatura de él y no artífices del entorno, ni mucho menos su naturaleza pura es proyección de nuestra imaginación o espejismo de nuestras limitaciones reflejadas en él.

Valorar la creación como un don de Dios a la humanidad nos ayuda a comprender la vocación y el valor del hombre. Mientras que cuando se considera a la naturaleza, y al ser humano en primer lugar simplemente como fruto del azar o del determinismo evolutivo, se corre el riesgo de que disminuya en las personas la consciencia de responsabilidad (Benedicto XVI, 2010, n. 2).

Contemplar la armonía de la creación en toda su dimensión, es un estímulo para reconocer el amor del creador, ese amor que mueve el sol y las demás estrellas. La Sagrada Escrituras contienen el reconocimiento del obrar de Dios, inaugurado en orden del cosmos y sellado solemnemente con la inscripción de su imagen en el rostro del hombre: «Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gn 1, 1-28). Dios como el ser puro en su originalidad metafísica, hacedor de todo cuanto existe, ordena su obra desde los designios infinitos a la primera perfección del ser, que es la existencia; en la unidad, la bondad, la verdad y la belleza. De ahí que el despilfarro de la naturaleza; radique en la crisis de identidad de los trascendentales del ser, que hacen parte del universal destino para el bien común, y en muchos casos esos recursos son reducidos al beneficio particular de las minorías; generando con su individualismo la crueldad del hombre por el hombre, las amenazas para

la paz, los conflictos regionales e internacionales, los atentados terroristas y la violación de los derechos humanos en todos los ámbitos. Es hora del retorno a lo sacro, a lo auténticamente valioso, al artífice y no a la creatura, entendiendo que aquel es el origen, que este es su don y medio de realización y no de adoración. Sin un serio propósito de conversión ambiental y siguiendo a merced de la explotación, ponemos en peligro la disponibilidad de los elementos naturales para la presente y la futura generación. La cuestión ecológica no será solucionada con las meras fuerzas humanas, buscando alternativas filantrópicas. Se requiere de alternativas de solución que involucre a todos desde una moral responsable con su mínimo aporte o con su considerable intervención, descubriendo que atropellar la creación es atentar contra el plan divino, porque Dios mismo ha destinado la tierra y todo cuanto ella contiene, para uso de todos los hombres y pueblos, es decir; la herencia de la creación pertenece a la humanidad entera. Esta irresponsabilidad moral ejercida por la técnica (arte o habilidad) y la ciencia (conjunto de conocimientos) mal empleadas deterioran el ecosistema y engrandecen la desigualdad social.

NUESTRA RESPUESTA A LA REALIDAD PLANTEADA

La solidaridad, compromiso de todos

El principio de solidaridad es una exigencia directa de fraternidad humana y cristiana, que presupone el esfuerzo de un orden social más justo. Los problemas socioeconómicos, políticos, culturales como los ecológicos; sólo pueden ser resueltos con la ayuda de todas las formas de solidaridad. Por ello hay que tener presente que si los efectos de gravedad ecológica han sido consecuencia de una irresponsabilidad globalizada, pues en esa misma medida detener este fenómeno será por la unión de voluntades, dirigidas hacia un mismo

fin: reducción del impacto ambiental, como aporte al bien común, a través de la «globalización de la solidaridad». Esta es una responsabilidad de todos pues es claro que el Señor, creador de todo cuanto existe, a todos los hombres les ha confiado las obras de sus manos (cf. Sal 8, 7).

Políticas solidarias

La solidaridad en su esencia es una actitud del hombre y una de las virtudes definitorias del ser humano que expresa nuestro compromiso con los demás, es una petición del mismo Señor que desea quien desea la justicia por encima de oblaciones y sacrificios (cf. Am 5, 21-27). Esto reclama por su misma naturaleza, que en materia política los países democráticos modernos, cada uno en particular y todos en asociaciones regionales, continentales y universales (ONU, OEA, UE, Unasur,) asuman la obligación moral de la búsqueda del bien colectivo contra las desigualdades y en pro de la justicia, la paz, la equidad, contando por supuesto con alternativas de solución ambiental.

Data la historia que en los últimos siglos el transcurrir del destino del hombre ha ido acompañado de las denominadas revoluciones que han cambiado la concepción de las personas con respecto a nuestro mundo. La revolución francesa reclamaba la igualdad, la fraternidad y la libertad; así mismo la revolución industrial exaltó la materia, oprimió al obrero e idolatró el capital; y el siglo XX, por su parte, experimentó la lucha de poderes a precio de la sangre del Holocausto judío. Todo esto colocando en riesgo no sólo al hombre, sino también su entorno de posibilidades de supervivencia.

En el marco de estas expresiones históricas, es necesaria, la denominada revolución de la conciencia, expresión del expresidente de Francia Jacques Chirac, en París, el 2 de febrero de 2007, al oír los resultados alarmantes sobre el calentamiento global: *«Ha llegado la hora de una revolución en el verdadero sentido de la palabra: una revolución de la conciencia, de la economía y de la acción política»* (Küng, 2009, p. 204). Ante la situación actual se debe tomar la palabra revolución en el sentido literal. Los mecanismos gubernamentales deberán tomar medidas serias de cambio, que además de las legislaciones emanadas para reducir el problema en cuestión, se empleen acciones prácticas bajo el sigiloso cuidado de su cumplimiento, a la vez que con la presencia legal en tantos lugares de reserva forestal, hídrica y agroambiental que se vulneran sin medida, por falta de veeduría en lugares de amplitud territorial y reducida presencia estatal. Las características de esta revolución de la conciencia serían aquellas tan mencionadas erres: reducir, reutilizar y reciclar, y unido a ello comprender la necesidad de rearborear las regiones más afectadas por la deforestación.

Otra característica es educar para consumir. En esta sociedad que cada día produce vertiginosamente, nos atrapa en las redes del consumismo cuando adquirimos aquello que nos genera necesidades artificiales, pero que en realidad no son indispensables para las necesidades básicas de vida. Tomar conciencia de esto nos conduciría a aportar algo para la solución de la cuestión ecológica en términos de política y sus implicaciones económicas.

Acciones pastorales

La Iglesia es la depositaria de la Escritura y la Tradición, y es la intérprete del contenido de revelación divina. Ella a través de los obispos, sucesores de los apóstoles, iluminados por el Espíritu

Kénosis / Vol. 2 / N.º 2 / p. 121/ enero-junio / 2014 / ISSN: 2346-1209 / Rionegro-Colombia

de la verdad, conservan, exponen y difunden fielmente en su predicación el depósito de la fe
(Concilio Vaticano II, 1965, *Dei Verbum*, n. 9)

La acción pastoral de la Iglesia está llamada a responder a los signos de los tiempos, con aportes convincentes que actualicen la palabra de Dios, con brillo nuevo para iluminar el sendero de la humanidad. Constatamos, *grosso modo*, cómo desde tiempos de las primitivas comunidades cristianas, la acción pastoral se llevaba a cabo teniendo presente los afanes más urgentes. En aquel entonces lo primordial era el anuncio de Cristo cuyo modo perfecto de asumir las exigencias evangélicas era la celebración litúrgica. Empleaban el camino catecumenal como método de conversión y respuesta al Señor. Luego hubo la necesidad de adoptar la filosofía griega para hacer frente a las herejías que desvirtuaban la autenticidad de la revelación, fue necesaria la convocatoria de concilios ecuménicos para la definición dogmática de los misterios de la divina revelación. En el siglo XVI, hubo la necesidad de responder a la reforma protestante con asentimientos doctrinales que dieran claridad y estabilidad al magisterio.

El transcurrir histórico siempre presenta nuevos retos y los de hoy distan de la problemática de aquella era. Es urgente renovar la interpretación teológica de tiempos pasados valerosa en su momento, pero que no responden a las exigencias actuales.

La tarea primordial de la teología hoy es conjugar la realidad de Dios y la vocación del hombre, superando las distancias existentes entre historia y dogma, relato evangélico y pensamiento metafísico, piedad individual y pertenencia eclesial, vivencia histórica y pertenencia cristiana (González de Cardedal, 2012, p. 12).

Los desafíos actuales reclaman una praxis de la acción pastoral con el soporte obvio de la verdad teológica. Quizá nos cueste aceptar, pero lo cierto es que nuestro discurso de autenticidad eclesial, no repercute considerablemente en gran parte de la sociedad *zarandeada por la dictadura del relativismo*. A lo que se cierra el oído no es al fondo teológico, sino a la forma narrativa, que con métodos superados no interpela a la sociedad secularizada, y por lo mismo, poco compromete para el abanico de problemas actuales, tales como la cuestión ecológica. Incluso se llegó a pensar que la teología pastoral no era ciencia de la disciplina teológica, a lo que Casiano Floristán argumenta:

La teología dogmática erigida en su propia disciplina, ha considerado frecuentemente, a la teología pastoral como un simple colorido de su propio proyecto especulativo. Hasta que se ha constituido la teología pastoral como disciplina teológica, eclesiológica y práctica han pasado más de cien años (Floristán, 2009, p. 81).

Sin desconocer que las verdades dogmáticas sostienen la doctrina existencial del cristianismo, la situación medioambiental del presente clama por una teología que sea práctica. Esto quiere decir que lo universal del dato revelado, necesita pasar de las definiciones conciliares a los hechos concretos de transformación social. Dar el paso de las solemnidades celebrativas, a compromisos no sólo de asistencialismo caritativo con el prójimo, sino además a la atención urgente del cambio climático, de la deforestación de bosques y de la explotación mineral sin escrúpulos.

Seguimos anclados en el pasado de conservación, tal vez conformes con acciones que no cambian los modelos eclesiales pretéritos. La teología práctica invita a reconsiderar en alta

estima la praxis doctrinal. A veces nos conformamos *ad intra* de la Iglesia con las solemnidades litúrgicas, con la exquisitez de la música gregoriana; quemamos incienso con fervorosa piedad en las festividades más reconocidas y levantamos la voz con arengas, que llenan de sensaciones pasajeras el corazón de los fieles en el instante celebrativo y que dura mientras se disipa el humo del incienso. Claro está que no se trata de desconocer los actos litúrgicos de la Iglesia, cuestiono es el movimiento de proyección para que comprometa con la cuestión ecológica. Ojalá que así como no dejamos pasar detalle de las festividades más solemnes, de la misma manera abramos los ojos para despertar en el alba de compromisos ambientales que otros ya han hecho y que nosotros como Iglesia a veces ni advertimos.

En celebraciones como el día del árbol, día del agua, día del medio ambiente. ¿Cuál es el compromiso eclesial ante el movimiento? ¿Animamos conciencias a través del discurso? ¿Movilizamos personas comprometidas con la Iglesia hacia la reforestación? ¿Tomamos en serio medidas de reciclajes? ¿Mensuramos los materiales para el trabajo pastoral? Con las recomendaciones mencionadas es urgente además traducir la ortodoxia doctrinal patrimonio de la Iglesia, en acciones comprometidas que vayan de cara hacia la problemática ecológica. Igualmente, es preciso recordar que el Señor habita con nosotros y que es nuestro deber cuidar la tierra en la que vivimos (cf. Nm 35, 34).

Con nuestras acciones podemos contribuir a cuidar el lugar en el que vivimos, rindiendo así un homenaje a nuestro Creador, que ha bendecido al hombre y ha puesto todo bajo sus pies (cf. Sal 8, 7). Alabemos la grandeza del Señor, sostenida en la fidelidad a la verdad irrenunciable de la Iglesia, con nuevas formas de interpretación teológica en el contexto de

una pastoral, que pase de los predios de la sacristía y de los templos al templo del cosmos entero casa común de todos, que clama por un delicado cuidado, ya que es obra sagrada salida de las manos de Dios.

CONCLUSIONES

Se hace necesario renovar la relación entre el hombre, Dios y el mundo, para detener el impacto ecológico, pues por medio del retorno a la religión se trazará un camino de reconocimiento para formar conciencia y comprender que cuidar el medio ambiente es un acto de respeto hacia Dios y expresa un sentido de responsabilidad con el prójimo.

La explotación exagerada de los recursos naturales, unida a la avaricia de la clase dominante que acapara para unos pocos, son las causas principales de la injusticia social. Son estas actitudes una manifestación clara de irresponsabilidad con respecto al cuidado de nuestro mundo, presentando directamente una falta de solidaridad para con quienes habitan el planeta actualmente y quienes lo harán en los años venideros.

Prendidas las alarmas del calentamiento global, junto a todas las consecuencias que esto conlleva, hay que proponer políticas preventivas que reduzcan el deterioro ambiental, con solidaridad y compromiso mancomunado. Esta no es responsabilidad de unos cuantos.

Frente a la cuestión ecológica, es importante que las diversas denominaciones religiosas discutan menos sobre doctrinas confesionales y se dialoguen alternativas de solución que

alivien la problemática medioambiental. Comprender que somos responsables del lugar que habitamos es una imperiosa necesidad.

Alejarnos de Dios y considerarnos ajenos a todo aquello que trasciende, aquello que podemos considerar sagrado, es el camino más rápido para olvidarnos de la creación y de nuestro deber de cuidarla. Hemos fijado nuestra atención en la globalización, en la comodidad, en planteamientos de carácter económico, político y hasta religioso, sin tener en cuenta el cuidado de la vida y de aquellos seres que comparten con nosotros, como un hogar, el tercer planeta desde el sol, lugar donde Dios continúa su Creación.

Referencias bibliográficas

Benedicto XVI. (2010). *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*. Ciudad del Vaticano:

Libreria Editrice Vaticana.

Boff, L. (2000). *La dignidad de la tierra: Ecología, mundialización, espiritualidad*.

Madrid: Trotta.

Boff, L. (2008). *La opción tierra*. Santander: Sal Terrae.

Concilio Vaticano II. (1965). *Documentos*. Madrid: BAC.

Conferencia Episcopal Española. (2010). *Sagrada Escritura*. Madrid: BAC.

Celam. (2007). *Documento final de Aparecida*. (2.^a ed.). Bogotá: Paulinas.

Floristán, C. (2009). *Teología y práctica pastoral*. (5.^a ed.). Salamanca: Sígueme.

Franz, J. (2013). El último canto. *National Geographic*, 32 (4), 34-61.

Galán. B. (2006). *Manual de doctrina social de la Iglesia*. (5.^a ed.). Buenos Aires:

Guadalupe.

Kénosis / Vol. 2 / N.º 2 / p. 126/ enero-junio / 2014 / ISSN: 2346-1209 / Rionegro-Colombia

- Gajate J. (2012). *La filosofía en síntesis*. (3.^a ed.). Bogotá: El Búho.
- González de Cardedal, O. (2001). *La entraña del cristianismo*. (3.^a ed.). Salamanca: Secretariado Trinitario.
- Groody, Daniel. (2009). *Globalización, espiritualidad y justicia*. Estella, Navarra: Verbo Divino.
- Juan Pablo II. (1987). *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II. (1998). *Fides et ratio*. Bogotá: Paulinas.
- Küng, H. (2009). *Ética mundial*. Bogotá: El Tiempo.
- Quesson, N. (1979). *50 salmos para todos los días*. Bogotá: Paulinas.
- Stevenson, R. (2013). No existen tierras extrañas. *National Geographic*, 32 (4), pp. 17-19, 13-33.
- Zimmer, C. (2013). Volver a la vida. *National Geographic*, 33 (1), 29-42.